

XVIII

LA HEROICA HUMILDAD

Arrojadas como dos náufragos á los rigores de la suerte, Olalla y Ramona siegan sus panes y los ájenos, hacen gavillas y manojos, *acerandan* y criban, mueven el trillo, el biello y el *calomón*.

Ningún fiero trabajo se resiste á la necesidad y al brio de estas mujeres silenciosas y duras, imperturbables. Si Olalla desfallece un minuto, ebria de calor y de esfuerzo, su madre la sostiene y aguza con unas sílabas certeras, rápidas como un latigazo:

—¡Aguanta!—balbuce roncamente.

Y la moza, bajo el violento acicate de este sordo grito de guerra, endurece sus músculos y esclaviza su voluntad como una veterana obrera de la mies. Con tan buenas disposiciones, abundan los jornales para entrambas, cuando la propia labor les permite aceptarlos, y el desvalido hogar navega á remolque de las bravas remadoras.

Mariflor secunda estos afanes con la más ardiente solicitud; su dolor, reconcentrado y prisionero, yace

sin rebeldías, cargado de cadenas en el fondo del alma juvenil.

Pero en la valentía con que la muchacha se yergue sobre su desventura, de frente á la existencia, late el humano propósito de vencer al Destino á fuerza de abnegación. Encauzado el tumulto de sus desolaciones, manso ya el torbellino de sus pensamientos, Florinda ha fijado los ojos en Dios con suprema esperanza; pretende conseguir del Cristo moribundo, en memoria de su excelso martirio, una revocación de la sentencia que la confina en Valdecruces, sin amor y sin pan, bajo el cruel dilema de una boda repugnante ó de una miseria definitiva y horrible.

Aun confía en el hombre amado, aun le defiende contra las acusaciones de la realidad. El frío silencio que la persigue con presunciones de abandono se lo explica como un castigo de la tardanza y resistencia con que acude á los brazos abiertos de la Cruz.

Exigente consigo misma, ansiosa de purificarse en el tamiz de todas las virtudes para merecer la divina compasión, se acusa de no haber compadecido bastante, de no haber rechazado aversiones y repugnancias con diligente voluntad; quiere ahora poner sus sacrificios á la altura de sus anhelos, y se debate en tremendas luchas, porque todos los dolores le parecen poco finos y apurados para subir por ellos á la soñada cumbre, y con tales sutilezas se desarrolla su nativa sensibilidad, que ya teme asomarse al huerto por no interrumpir el canto de los pájaros y levanta las zarzas del camino para no herirlas con el pie.

Al influjo de tan extremada compasión, un poco enfermiza y delirante, adquiere la casona de la abuela un cariz de blandura, humano y dulce. La enamorada realiza prodigios de orden y habilidad en torno

suyo; están los niños más aseados y alegres; el menaje más enderezado y compuesto, y hasta la abuelita menos torpe y abrumada. Sobre todo Marinela es quien más plenamente recibe los favores de esta ternura que invade el hogar como suave regolfo de una marejada asoladora.

Para traer al médico, luego de saldar la antigua cuenta, Florinda registró su baúl de ciudadana, y, al cabo de muy tristes y secretas negociaciones, obtuvo de la sobrina del cura el dinero preciso en cambio de algunas chucherías que sedujeron á la muchacha.

La propia *Mariflor* fué á Piedralbina con las siete pesetas, y á la tarde siguiente el médico llamó con mucha solemnidad en casa de la tía Dolores, después de atar á la vilorta del huertecillo las bridas de un jaco semejante al de Fabián Alonso.

Joven, endeble y taciturno, el facultativo parecía tan necesitado de asistencia como poco amigo de prestarla. Comenzó por renegar de la lobreguez de la alcoba adonde le condujo *Mariflor*, y acabó por decir que examinaría á la paciente cuando para ello dispusiera de aire y de luz.

—La casa es grande—vociferó enojado—, ¿no encuentran ustedes más que un escondrijo oscuro para esta criatura?

La abuela se santiguó llena de asombro. ¡Andanda con el mediquín nuevo; oscura la alcoba, después de haber comprado una vela de las finas para cuando él llegase!

Sintió *Mariflor* mucha vergüenza por lo mismo que le pareció evidente la justicia conque se censuraban las condiciones del aposento y prometió sustituirle al punto por el mejor del edificio.

Un poco amansado el médico pulsó á la niña, le

miró los ojos y la lengua, preguntó antecedentes de los progenitores, y, después que la anciana, con el auxilio de *Mariflor*, hizo un dificultoso relato de muertes prematuras, recomendó á la enferma sanos alimentos, un tónico de la botica y baños progresivos de sol.

Despidióse maravillado de la inteligencia y el interés con que Florinda le escuchaba, dando señales de comprenderle, y cuando volvió, al cabo de dos días, halló en mitad de la sala el lecho de Marinela, aireado y á plena luz.

No costó poco trabajo subirle allí; tuvieron por loca á quien lo proponía, y sólo á fuerza de obstinadas solicitudes logróse al cabo la piadosa intención.

—¿Un catre en la sala?... ¡Válgame Dios; ya no me queda más que ver!—había respondido la abuela á las primeras indicaciones de Florinda, las cuales produjeron igual asombro en las otras mujeres.

Después de agotar la valerosa enfermera todos sus convincentes argumentos, comenzó Olalla á mostrarse indecisa.

—¡Si es necesario!... — insinuó.

Ramona, siempre con su aire de bestia parda, alzó los hombros en indefinible actitud. Y Marinela confortó su cuerpo con el sol y las brisas, mientras la tía Dolores se hacía cruces.

Para conseguir los sanos alimentos y traer el tónico de Astorga, volvieron la necesidad por un lado y por otro la codicia, á establecer secretas relaciones entre el baúl de *Mariflor* y los armarios de la maestra.

De rodillas, inclinada con desconsuelo sobre los despojos de sus tiempos felices, buscó la pobre muchas veces algo que cambiar por dinero. Y poco á poco la

ropa blanca, el rosario de coral, el bolsillo de piel, las cintas y los adornos señoriles fueron con mucha cautela á pulir el equipo de la novia. Como todo ello eran frivolidades de valor escaso, Florinda dejaba tímidamente que la generosidad de Ascensión pusiera el precio. Y Ascensión, poco escrupulosa, influida por el espíritu mercantil de la raza, fué abusando cada vez más de aquellos apuros y llegó á poseer casi entero el humilde tesoro de su amiga. Ya no le quedaba á ésta más recurso que el reloj de su madre; era de oro, de una sola tapa, lindo y pequeño.

Postrada ante el cofre exhausto, contemplaba la niña su joya con terrible perplejidad. Hubiera querido sentir hacia ella un apego entrañable, no estremecerse con profunda emoción mirando la saetilla, parada en las tres, como recuerdo de una trágica hora.

Varias veces, aquel mismo día, salió el estuche rojo de su escondite, llevado y traído por una mano trémula: *Mariflor* quería ofrecérselo á la novia y sonreír valiente al realizar el nuevo sacrificio. Pero ante sus ojos, turbios de llanto, la vira del reloj temblaba como dedo convulso que señalase con infinita pena una dulce memoria próxima á extinguirse.

En vano la joven apelaba á sus firmes propósitos de someterse bajo el purgativo dolor con ánimo eficaz; en la sedosa red de sus pestañas tejía el humano sentimiento una niebla entre el alma y la Cruz...

Marinela ha mejorado un poco. Tempranito, antes que abraze el día, baña su débil pecho en los rayos milagrosos del sol. La pócima confortante y las comidas, apetitosas algunas veces, la van fortaleciendo; se levanta, sale al colgadizo cuando la tarde se dulcifica, y percibe sin cesar el tónico de las brisas puras.

El médico ha ordenado que duerma sola, con el balcón abierto; pero ella, lo mismo que su hermana, temen á la noche libre como á emboscado enemigo, y Florinda tiende su colchón al lado de la enferma para infundirle ánimos; ambas reposan á pleno aire, al amparo de la luna, con estupefacción de cuantos vecinos conocen este nuevo sistema de curar.

De él se duele Ramona cada vez con más ostensible disgusto; ha querido oponerle resistencia, pero las súplicas de Florinda obran milagros hace algún tiempo en aquella singular mujer. Cuando se le acerca la joven á solicitar su permiso para alguna cosa, reprime un movimiento duro, esconde la torva decisión de su mirada, y suele decir: —Bueno—alzando los hombros con su acostumbrada indiferencia. Sin duda, evoca el aviso de don Miguel: «Florinda no tiene madre; ¡acuérdate!»

Desde que la muchacha se ocupa con humilde abnegación del hogar y de los niños, y especialmente de Marinela, diríase que acentúa Ramona aquella pasiva tolerancia con que recibe cuanto de Florinda procede. No pregunta de dónde saca ella dineros y entusiasmos para mimar á su prima; supone vagamente que el párroco la ayuda por compasión, y finge, como Olalla, no comprenderlo, algo confundidas ambas entre flojos estímulos de vanidad y gratitud...

Hoy *Mariflor* arrostra muy azorada el pálido mirar de la madre; es menester adquirir un nuevo frasco de medicina que vale cinco pesetas. Lo dice así de pronto, seguido, para no amedrentarse demasiado.

—¡Cinco! —balbuce Ramona.

Su ronca voz, sin inflexiones, rueda sombría.

—Malas artes dañaron á la rapaza—murmura—. Y muy peor será acudir á fabulaciones de ciudades para

ponerla buena. Con darle boticas y cuchifritus, acostarla á la santimperie y tenerla á todas horas á las clemencias del cielo, no se consigue desfacer el hechizo de la bruja.

—¡No crea usted en hechicerías!—ruega *Mariflor* tímidamente.

Pero, Ramona, exaltándose, arguye:

—¿Voy á creer que es Dios el que me comalece los rapaces y el esposo, me rebata la hacienda y me tosga en la sumidad de todos los trabajos?... ¡No lo tengo merecido! Dios es justo y no puede consentir que unos gocen de mogollón y otros pujan todas las pestilencias de la vida.

Palidece la doncella, creyéndose alcanzada como otras veces por el despecho de las alusiones, pero la mujerona, mirándola de frente como no acostumbra, adulce todo lo posible el desabrimiento de su voz, y añade:

—Tú eres una párvula sin hiel y no conoces al diablo.

Suspensa *Mariflor* ante la benigna frase, atrévese á profundizar con la mirada en los ojos propicios de Ramona, y le parece sentir cómo se rompe el hielo del explorado corazón, y un arroyo de ternura rueda escondido en él...

Están de sobremesa las cuatro mujeres de la casa, después de cenar. Alcanzaron permiso los rapaces para correr un rato al fresco de la noche, y ellas parecen detenidas por una involuntaria laxitud.

El cansancio y la tristeza ponen su languidez amarga sobre aquellas actitudes de indecisión y cortedad; el humo las envuelve y el silencio las colma de profunda melancolía.

Abre la abuela en prolongado bostezo su desdentada boca, y la voz suave de Florinda insiste:

—Marinela sanará si seguimos cuidándola...

Ramona interrumpe sordamente:

—No sana, como la bruja no la ensalme.

—¡Pero si está mucho mejor!... ¿Verdad, Olalla?

La aludida se estremece lo mismo que si volviera de un desmayo ó despertara de un sueño. Hay que repetirle la pregunta y explicarle el asunto de la conversación; sólo entonces dice con vaga certidumbre.

—La meiga puede sanarla.

—¡Por Dios!... La tía Gertrudis no es meiga. ¿Tú también vas á dudarle?

Se encoge de hombros la maragata rubia, igual que suele hacerlo su madre. Parece que las sensaciones delicadas son ya desconocidas para la moza, como si con los músculos y la voluntad se le hubiese endurecido el corazón, palpitando sobre la mies.

Ramona espabila el candil, junta impaciente los regojos de pan en un pico de la mesa, y no pudiendo contener el ímpetu de las indignaciones que la obligan á moverse, prorrumpe:

—¿Conque no es meiga la tía Gertrudis?... ¿Cómo padeces tú el ojo de la su visita, si no en la salud en tantas de cosas?... ¿Quién trujo al forastero trufaldín y te aquerenció con él?... ¿Quién te ofusca para no reamará un pretendiente de la garrideza de Antonio?... ¡Ay, rapaza; afánate por tu prima y verás lo que consigues, si no logras trincar la intención que nos ofende!...

No solía Ramona componer tan largos discursos; su voz escandecida tiñóse de emocionante desconsuelo, cuando añadió:

Yo bien conozco el daño que Marinela padece; por eso fuyo de oyirla balitar como un corderín, con la segura en la boca y en los ojos la medrosía... Pedido

hube su curación al Santísimo por los alzamientos del cálize; pero Dios, con ser tan compasinado, permite que Lucifer conjure contra el pobre manojuelo de mis entrañas...

Extinguióse la burda queja en un sollozo, y el busto de la madre se inclinó hacia la orilla de la mesa; algunas lágrimas cayeron sobre los mendrugos de pan.

—¡No llore! —murmuró Florinda traspasada de compasión—; ¡no llore! Dios no deja que el Diablo dañe á los suyos, estoy segura de ello; lo aprendí en sermones y libros: lo dice don Miguel.

Ramona movía la cabeza con incredulidad, reprimiendo el llanto.

—¿Y quién busca el dinero de las medicinas?—dijo al fin, como si se diese á partido. Sus ojos enigmáticos se posaban en la moza con inquietud.

Ella se ruborizó, y muy emocionada, pensando en su relojito, repuso:

—Yo buscaré lo suficiente para algunos días; pero ya se me acaba el... la... el medio de encontrarlo.

Suspiró la mujer con alivio, sin mostrar desconfianza, admiración ni curiosidades; secóse los párpados con la punta del mandil, y comunicativa como jamás lo estuvo, dijo:

—Mañana van las de Fidalgo á Astorga, y como no tenemos cabalgaduras, yo había pensado que Olalla fuese con ellas á vender unos palombos; la prestarían compañía y montaje, y ocasión de mercar zapatos para que los críos no nos avergüencen el día de la fiesta; pero nos han ofrecido á las dos jornal.

—Yo iré—apresuróse á decir *Mariflor*, inspirada en un doble propósito.

Admitida inmediatamente la promesa, Ramona tuvo que gritársela á su hija:

—¿Te duermes ó pasmaste?—voceó adusta.

—¡Estoy cansa!—lamentó sin bríos la infeliz.

—¡Pobre!—dijo Florinda entrañando el acento.

Y un gato flacucho y pintojo lanzó á la mesa elo-
cuentes maullidos...

La imagen de-fallecida de Olalla persiguió á *Mari-
flor* toda la noche como un punzante remordimiento;
¡ella también debía salir al campo, jornalera y labra-
dora sin condiciones, lo mismo que su prima!...

Aun en las blandas horas en que el sueño ata las
existencias y las somete á su apacible dominio, vela-
ban los pesares de la joven ocultos en las sombras del
reposo, para erguirse más crueles á la luz de la reali-
dad, cuando la víctima despertase.

De tal modo iba ella robusteciendo sus ánimos con-
tra el dolor, que después de sobreponerse al cobarde
anhelo de morir, se lanzaba á padecer, delirante de
heroísmo. Convertida en lavandera y hortelana, la
señorita melindrosa comía el rancho del hogar sin
aparente esfuerzo, mostraba un buen talante á todos
los reveses de la pobreza, y se dolía de no haber pa-
gado su tributo de sudor á la mies. Pero la seguridad
de marchitarse aspada en el potro del trabajo le cau-
saba terror; ya le parecía sentir en su florido cuerpo
el menoscabo de la belleza; la invisible garra del sa-
crificio hundiéndole en el rostro las facciones, borran-
do la tersura y la sonrisa de la juventud. Hasta en la
raíz de los cabellos percibía la moza el temblor de
tales amenazas: una crispatura y un frío que acaso la
hicieran encanecer.

Como dormía sin que durmiese su dolor, despertá-
base algunas mañanas con el espanto de las pesadillas,
creyéndose ya desjarretada y mustia, igual que tantas
infelices de Valdecrucos.

Así recela hoy mismo, y una invencible zozobra la
empuja hacia el espejo. Entre las nubes del cristal
resplandecen los veinte años con tales promesas, que
la medrosa no puede menos de sonreír. Se aproxima
al azogue donde irradia la imagen, busca bien en sus
rasgos la hermosura y descubre la piel fina un poco
tostada por el sol, las ojeras teñidas por la preciosa
untura de las lágrimas, la boca grave y dulce, pro-
fundo y noble el duelo de los ojos, todo el semblante
embellecido con gracias y tristezas.

En el nublado espejo de la tía Dolores tembló la luz
de una mirada agradecida, que, al volverse luego, des-
cubrió á Marinela con los ojos clavados en el Cristo
moribundo, ya inseparable compañero de la niña do-
liente.

Avergonzada *Mari-flor* por el contraste que ofrece su
frívola consulta con aquella otra, acude hacia su pri-
ma, hunde la cara entre los brazos de ella para disi-
mular el sonrojo, y pregunta:

—¿Rezabas?

—Eso mismo.

—¿Por quién?

—Por ti.

—¡Dios te lo pague!

La enferma alisa blandamente los cabellos de *Ma-
ri-flor*, que de pronto balbuce:

—¿Tengo canas?

—¡Josús, mujer!... ¿Canas á tu edad?... Tienes
un pelo tan largo y amoroso que da gusto cari-
ciarlo.

—¿Sabes que voy á Astorga á vender los picho-
nes?—dice Florinda, incorporándose para acabar de
vestirse.

—¿Tú? ¿Pues cómo?

—Anoche ya estabas durmiendo cuando lo dispusimos: tu madre y Olalla tienen hoy jornal.

—¿Y quién me cuida?

—La abuela.

—¡Ay, no quiere que me bañe el pecho al sol; se duerme, riñe ó llora!

—Yo vuelvo al anochecer. Te traeré la medicina y yemas escarchadas sólo para ti: son de mucho alimento.

—¿Pero sabes el camino?

—Voy con las de Fidalgo.

—Entonces verás á las clarisas... ¡Dichosa tú!

—¿Sientes la vocación otra vez?

—¿Otra vez?—repite Marinela encendida como una rosá.

—Creí que ya no te acordabas del convento,

—Acordarme, sí...—murmura la enferma con tan balbuciente seguridad, que *Mariñor* la mira llena de asombro: ve que hace esfuerzos para contener el llanto, se acerca á consolarla, y el incógnito dolor de aquel pecho herido estalla en sollozante crisis.

—¿Qué tienes? ¿Por qué lloras? ¡Dime, dime tus penas!

La sin-ventura no responde; gime anhelante, y Olalla sorprende á las dos primas juntas, en un abrazo tristísimo.

—¿La despedida os hace duelo?—prorrumpe atónita. Sin esperar la contestación añade:

—Aquí están los palombos: diez parejas.

Y coloca sobre la cama un escriño pequeño, donde las aves cautivas se revuelven temblorosas:

Florinda acaricia á Marinela, que procura serenarse y que poco después se queda sola frente al balcón abierto, lanzando sus miradas, húmedas aún, desde la agonía de Cristo á la serenidad resplandeciente de las nubes.

XIX

EL CASTIGO DE LOS SUEÑOS

Bien acogida *Mariñor* por las viajeras, tuvo asiento propicio en las anchas jamugas de la novia, mientras la madre de ésta asilaba á los pichones en su mulo, prometiendo venderlos ella misma, más artera en estos negocios que la niña ciudadana.

—Tú, en cambio—le dijo—, acompaña á Ascensión, faceis compras y visitas, que ya la boda está adiada y no hay que descuidarse con los encargos y los aconvidos...

El cielo, muy tocado de arreboles, anunciaba un día bochornoso, y las amazonas se proponían llegar á la ciudad antes de que arreciase el calor, para volver á Valdecruces con la fresca.

Iba la novia hablando con mucho empaque de los obsequios que había recibido y de los que aun esperaba: mantellinas con recamos, medias de seda, lienzos y estofas, anillos, pendientes y collares; ¡le faltaba un reloj!

Sintió Florinda triste sobresalto allí donde llevaba

oculta la alhaja de su madre, al lado del corazón. Había resuelto vender el relojito en Astorga para evitarse el pesar de verle en manos ajenas, y la humillación de seguir pidiendo mezquinos favores entre gente conocida. De pronto, considera que es preciso hacerle á la novia un regalo, un regalo que debe extremarse como prueba de gratitud á don Miguel: y el deseo expresado por Ascensión le parece un providente aviso contra el propósito de hurtar la preciada joya á las ilusiones de la maestra. Teme que haya poca generosidad en el intento: recuerda con pesadumbre su baúl vaciado en los cofres de la amiga á cambio de una menguada limosna; pero aquella amiga fué antes dulce y noble con *Mariflor*, la recibió en triunfo en el pueblo, colmándola de atenciones, cediéndola homenajes que ella sola disfrutaba. Y ahora mismo la lleva al lado suyo cogida por el talle con blandura, la mira y la sonríe confiada y amable, aunque un poco embaída con su próspera suerte.

Segura de que en casa de la abuela no habrá un lindo regalo para Ascensión, va cediendo Florinda al bondadoso impulso de ofrecerle el relojito que oculta. Al instante se confunde, reflexionando: ¿cómo entonces comprará lo que Marinela necesita?

Mejor le parece vender la joya, sumar el dinero con lo que valgan los palomos, y después de adquirir los menesteres para la enferma y los zapatos de los niños, comprar también el obsequio para la desposada. Tendrá que separarse de sus amigas con disimulo antes de hacer la venta. Entrará en una relojería y... ¿cómo va á decir cuando le pregunten: ¿qué desea usted?

Un aturdimiento penosísimo le embarga; oye apenas el palique animado de Ascensión, procura soste-

nerle, y teme, al hablar, que el transido acento delate las interiores cuitas.

Compadeciendo el propio infortunio, en el alma opulenta de *Mariflor* se desborda una gran ternura que sube á los pelados serrijones, corre por llecas y cambronales, y unge de lástima los abietes ariscos, las mustias amapolas, los matojos humildes, todo el vago confin de las veredas blanquecinas.

¡Qué tristes son estos senderos solitarios! Arden y huyen al través de pasturajes descoloridos y de rediles temblorosos, sin escuchar la sonatina de una fuente ni percibir el aroma de una flor. Persíguelos Florinda con mirada soñadora: parece que van á derramarse en la infinitud de los horizontes para seguir corriendo á la insondable eternidad, sin rumbo ni destino. Pero advierte que algunos, deslizándose entre sebes y hormazos, se confunden á la par de una aldea en los firmes renglones de una mies y mueren en los surcos, rectos y hondos como trazo de una ferviente plegaria dirigida hacia Dios.

Al descubrir en el erial estás conmovedoras señales de esperanza y trabajo, la niña triste lanza su imaginación por las llanuras de la fantasía, y alentada supone que ya está cerca el premio de su martirio. Quizá Antonio se decide á portarse bien con la abuela; quizá aquella misma tarde llegue á Valdecruces el esperado aviso de la felicidad: una carta detenida por azares que nada tengan que ver con la ingratitud y el desamor.

Harto encendido el día en respladores, tocan en la ciudad las maragatas: intérnase la madre por el callado laberinto de las rúas, y no se detienen las mozas hasta la puerta del convento. Habían tomado un camino vecinal junto á la milagrosa ermita del Ecce

homo; dieron desde allí en el puente del Gerga, rozaron la Fuente Encalada, y por «el reguero de las monjas» posaron en el umbral de las clarisas.

Después de un patio silencioso, encuentran dos portales bajo las alas del edificio, grande y pesado: se adelantan por uno de ellos, llaman al torno con suaves golpecitos, y al cabo de prolija explicación les hacen subir á la «Reja pequeña», un locutorio humilde con apretada celosía.

La novicia de Oviedo, amiga de Ascensión, recibe con otra monja á las maragatas. A poco llegan unos señores preguntando por la abadesa, y aparece la Madre Rosario, fina y dulce, sonriendo en el nimbo de su manto virginal.

De un lado y otro de la reja se forman dos grupos susurrantes, y *Mariflor*, un poco aislada, escucha, distraída primero, interesada al fin, el relato con que la abadesa satisface la curiosidad de la visita.

—Sí—murmura—, á mediados del siglo trece, una clarisa del convento de Salamanca, oriunda de Astorga, vino á fundar aquí. Poco después, el muy alto y respetable señor don Alvaro Núñez de Trastámara, donó á la Comunidad este edificio, que en aquella época lucía muy hermosas proporciones y elegante arquitectura y que hubo pertenecido con su templo y aledaños á los ilustres caballeros de Alcántara.

Habla la Madre con sentida y reposada voz, su figura se yergue majestuosa entre los pliegues blancos del ropaje; eleva los ojos, suspira y prosigue:

—Reyes y próceres de otras centurias concedieron tantos favores á esta santa Comunidad, que nuestra casa pudo llamarse *Real Convento*; en testimonio de tal honor conservamos un escudo con castillos y leones sobre la vivienda del capellán, y en nuestro archivo,

bulas y documentos de esclarecida memoria para la fundación.

Al otro lado del locutorio decae la charla bajo el dominio que ejerce el suave acento de la abadesa.

—¡Qué lista debe de ser!—alude la maestra mirándola con arrobos.

Y la novicia responde llena de orgullo:

—Viene de alto linaje: una antepasada suya fué canónica de la Catedral de León.

—¿De verdá? ¿Pueden ser canónicas las mujeres?

—En tierras de Castilla, sí.

La monja que presenciaba la visita quebrantó su grave silencio argumentando con mucha erudición:

—El noble señorío de Villalobos goza, como los reyes, privilegio de canonicato, que por falta de sucesión varonil recayó un tiempo en la condesa doña Inés, ascendiente de nuestra Madre.

Por mandato de la cual, sin duda, abrióse de pronto una puertecilla para que los visitantes pudiesen admirar un bello claustro de arcadas góticas, bañado en suavísima luz.

—Es lo único que del antiguo edificio conservamos—dijo la abadesa—; en el fondo está el jardín; todo ello pertenece á la clausura,

De la extraña claridad sin tonalidades, trascendía exquisito perfume de rosas y jazmines, cándido aliento del misterioso vergel; aromas y resplandores invadieron el locutorio con deleite; y penetrada Florinda por la singular impresión, dícese codiciosa:

—¡Qué bien estaría aquí la pobre Marinela!

Aun responde la Madre Rosario á preguntas de los caballeros:

—Trastámaras y Osorios—encarece—han sido nuestros más cabales protectores; al primero debe la

Comunidad, entre inmensas mercedes, el reguero que hace siglos viene desde Fuente Encalada á calmar nuestra sed; todos los días pedimos á Dios por el ánima del insigne castellano.

Como si la blandura de la evocación hubiese tenido mágico poder, un hilo de agua rompió á cantar en el misterio del jardín. Le acordó la Madre con su cristalino acento para responder á los señores visitantes:

—Nuestra regla es de mucha pobreza y humildad; comemos de vigilia todo el año y usamos ropa interior de lana muy gorda, tejida en San Justo...

Cerróse lentamente el postigo recién abierto, y extinguidos la luz, el aroma y el rumor que desde el claustro seducían como ilusiones de otro mundo, vibraron las últimas palabras de la abadesa en la austeridad penitente del locutorio.

Un instante después las dos niñas maragatas recorrieron su mulo en el umbral del convento y buscaron las calles céntricas de Astorga, que, amodorrada al sol, yacía soñolienta y muda.

Iba *Mariflor* leyendo los rótulos de las tiendas sin hallar aquel que temía y deseaba. Cuando hicieron alto en un almacén de tejidos de la rúa Antigua, Ascensión, sentada cómodamente, titubeando infinitas veces antes de elegir, parecía dispuesta á no levantarse nunca. Con el pretexto de ir á la botica, logró la de Salvadores dejarla allí, perpleja entre nubes de holandas. Y sola ya en la calle, tomó un rumbo al azar, encomendándose á Dios.

Antes de salir de Valdecruces había puesto Florinda en marcha el relojito para romper la inmovilidad de aquella manecilla implacable, siempre evocadora; le sentía latir junto á su corazón y le dolía en el pecho acerbamente aquel tenue latido.

Anduvo apresurada, dobló una esquina y luego otra, registrando carteles comerciales, hasta que en una vidriera vió algunos relojes de acero entre dijes y gargantillas. Al otro lado del cristal, en menguado tenducho, un hombre de triste catadura la recibió sorprendido:

—¿Qué desea usted, joven?

Un gato negro levantó perezoso la cabeza y un enjambre de moscas zumbó en torno á la pregunta.

—Deseo—balbució la muchacha turbadísima—vender este reloj.

Tras un prolijo examen de la joya, el comerciante dijo receloso:

—¿Cuánto pide por él?

—Sesenta pesetas.

—Si quiere quince...

—¡Ah, no!—protestó indignada la infeliz. Y casi arrebata su tesoro de las manos extrañas, lanzóse de nuevo á la aventura por las calles.

Guardaba el relojito entre los dedos convulsamente apretados, y parecíale sentir en la sangre trasfundido el pulso de metal, como si otra vida se derramara en la suya. Todo el ímpetu de los recuerdos latía doloroso en las potentes venas de la moza, bajo aquel doble ritmo; ternuras maternas, goces de la niñez y florecidas esperanzas del amor, cegaron con visiones de imposible felicidad los dulces ojos de la viajera.

Como llevaba el paso indeciso y extasiado el semblante, los escasos transeúntes la miraban curiosos. Ella seguía vagando sin rumbo, repitiendo con mecánica obstinación los nombres de las calles: la *Redecilla*, la *Culebra*, *Santa Marta*, *Plaza del Seminario*, *Puerta Obispo*... allí se detuvo sin saber por qué, y

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, N.T.

quedóse mirando fijamente al escudo de una casa antigua y señorial. Era el blasón aparatoso; en campo de gules esplendía un castillo flanqueado por torres de sable; dos águilas de oro sujetaban una cartela, que decía:

Soy morena, pero hermosa.

Varias veces leyó la muchacha el mote, con aquella porfía maquinal interpuesta como una nube entre sus actos y sus pensamientos.

Bajo el dintel macizo de la portalada aparecieron unas damiselas con sombreros de moda, abanicos y quitasoles. Mirándolas Florinda recordó, como un tiempo muy distante, sus años de burguesa ciudadana con arreos pueriles y melindrosas costumbres.

Las señoritas, al perder la frescura del portal, comenzaron á darse aire con mucho ahinco. Entonces *Mariflor* cayó en la cuenta de que el bochorno la mortificaba, pero continuó detenida, releendo con absurda tenacidad:

Soy morena, pero hermosa.

De pronto la llamaron:

—¡Eh, rapaza, *Mariflor*! ¿qué haces ahí?

La hermana de don Miguel esperaba atónita, contemplando á la niña.

Ella, al volverse, quedó un momento confusa y al cabo acertó á decir:

—Pues, buscaba una botica y me he perdido... Ascensión está en un almacén de la rúa Antigua comprando telas...

Conforme y calmosa, preguntó la maragata:

—¿Gustábate el escudo?

—Sí.

—Era de un corregidor perpetuo de toda la provincia, consejero del rey y mayorazgo tan haberoso, que al morir se dejó mil misas añales por su ánima.

—¡Ah!...

—Y escucha: ya que te encontré aquí, sube tú á llevar á doña Serafina estos dos pichones de parte de mi hermano.

—¿Cómo?...

Explicó la mujer que doña Serafina, una astorgana linajuda, era esposa del actual dueño de la casa, ambos excelentes amigos de don Miguel, quien les debía grandes favores.

—Solemos ofrecerles alguna fineza—dijo—y ahora pensé guardar para ellos, á cuenta mía, tus más llocidos palombos: dejé el mulo en la posada y aquí los traigo... pero me da mucha cortedad subir.

Ocultó Florinda su joya y, tomando del escriño las aves, entró en el portal diciéndose:

—Estos señores deben ser los que le han facilitado al cura la dote de Ascensión.

Quedó sorprendida al encontrarse en un claustro, antiguo y apacible como el del convento, alrededor de un jardín. Siguiéndole, halló la escalera principal, y al cabo de la misma una puerta franca donde llamó.

Poco después, por la ancha galería tendida sobre el claustro, se adelantó una dama hermosa y morena, á tono con el mote de su escudo. Bajo los negros rizados de la frente resplandecían con singular fulgor los bellísimos ojos de aquella señora.

—¿Preguntabas por mí?—dijo con acento afable y triste.

Segura de que hablaba con doña Serafina, *Mariflor* le entregó los pichones de parte de don Miguel Fidalgo. Las azoradas avecillas lanzaron el columbino tem-

blor de sus ojuelos de una á otra mujer, y ambas sintieron, con inefable ternura, palpitar entre sus manos aquellas vidas cándidas y medrosas.

Bañado en suave luz cenital, yacía el corredor en muda calma, y una rosa que se asomaba en él desde el jardín, parecía doblarse al peso de una idea.

También Florinda se inclinó de repente para decir con súbita inspiración:

—¿Quisiera usted, por casualidad, comprarme este relojito?

Y mostróle, tan afanosa y conmovida, que la dama dijo al punto:

—¡Será un recuerdo!

—De mi madre...

—¿Cómo te llamas?

—*Mari flor* Salvadores.

—¡Ah, eres tú!—pronunció la señora, avizorando con sabia dulzura el encendido rostro de la joven—Aguarda—añadió, desapareciendo en la galería.

Volvió al instante, y sobre el reloj que alargaba la moza, puso un billete de cincuenta pesetas, murmurando:

—Guarda tu recuerdo, y éste para ti, en nombre de una niña que se muere.

—¿Hija de usted?

Respondieron unos ojos llenos de lágrimas y los labios mudos de la madre rozaron en silenciosa despedida la frente de *Mari flor*.

Duró la escena breves minutos, alucinantes y peregrinos.

Al verse en la escalera otra vez, el escudo, el mote y la dama hubiesen girado en la imaginación de Florinda igual que fantásticas visiones, si el generoso billete no la ofreciera una sensación de realidad. Quiso

contemplar en él un augurio feliz y despertar á los presentimientos venturosos, mas se detuvo, escuchando unas voces crueles y tranquilas, fatales como el destino.

Bajaba un criado detrás de la joven y subía una doncella, que recatadamente le preguntó:

—¿Conoces á ésa?

—Es una pobre maragata de Valdecruces: la señora le ha dado limosna.

Y Florinda, con el corazón derribado, abatió la frente una vez más, humilde al castigo de los sueños...

XX

DULCINEA LABRADORA

Ya crece agosto, rubio en los centenos, azul en las nubes, cándido en el aire: el sol abrasa, el viento perfuma; están dormidas las fuentes, despiertas las dalladoras y animado Valdecruces como nunca lo suele estar.

Es que han venido los hombres; cruzan reposadamente las anchurosas calzadas y las callejas hostiles en paseos y visitas de anual conmemoración, y cuando el día languidece, se asoman un poco á los abrasados caminos de la mies.

En estas rondas pausadas, algo serias, suelen ir juntos los paisanos recién venidos; hablan á un mismo tono sereno y amigable, no discuten ni se alteran jamás, como si para ellos no tuviese problemas la vida ni dobleces el corazón.

Por encima de los carrillos colorados y de las bocas sonrientes, al comfortable calor de las sosegadas digestiones, los buenos maragatos miran á Valdecruces con seráfica beatitud. Olvidaron su dolorosa in-

fancia de pastores ó motiles, de escolares con la ruina troja al hombro, siempre camino de Piedralbina, entre soles ó nieves, acosados por la miseria del hogar. Y aceptan hoy, como tributo merecido, que el pueblo se vista de gala para hospedarles, que las esposas y las hijas les respeten como siervas, y que los niños les huyan con saludable miedo, como á la suprema representación de la Autoridad y del Poder.

Durante la magnífica semana de la fiesta Sacramental, sólo en la fecha culminante del día 15, el clásico «día de Agosto», se suspenden en Valdecruces las labores del campo.

No importa que en cada corral las plumas de las aves anuncien holocaustos festivos; las mujeres se multiplican para servir regaladamente á los hombres en sus casas y para segar y recoger en las mieses los centenos maduros.

Como si el aguijón del servilismo se les hundiera en la carne más brioso que nunca, fuerzan las maragatas el impulso mecánico de sus energías, exaltan la pasiva corriente de sus humillaciones, y en un absoluto renunciamento á toda beligerancia social, se quedan al margen de la vida, fuertes, ignorantes, insólitas, ofreciendo á «dos amos», con el más primitivo de los gestos serviciales, la visión placentera de los hijos criados y felices, de la mesa servida y colmada, del campo fecundo y alegre; las apariencias de estas horas decorativas y relumbrantes llenan á los maridos de orgullo entre los forasteros invitados.

De Astorga, de León y de otras ciudades más lejanas acuden siempre algunos curiosos á las típicas fiestas de Maragatería, y son alojados con singular esplendidez en las casas más pudientes de cada población. Las comilonas se suceden entonces con frecuen-

cia y abundancia increíbles; las cocinas pierden su medrosa oscuridad, iluminadas por «ramayos» crepitantes, y detonan y esplenden como volcanes; sacrificanse allí vacas enteras, aves á montones, lechonsillos y corderos; los manteles no se levantan, no reposan los jarros de vino ni se disipa el humo de los cigarros.

Al través del continuo festín, atraviesa la maragata como una sombra providencial; á todo atiende: sirve, corre, huye asustadiza, recatando bajo las alas del pañuelo su invencible rubor. Aun suele quedarle tiempo aquella tarde para *amorenar* en la mies ó echar á remojo las *garañuelas* en el regato campesino. Y no dejará de asistir á la verbena ataviada con su vestido más lujoso, grave, muda y bailadora, en actitud de ejercer una profesional obligación...

Este agosto en Valdecruces se suma á los festejos oficiales los que se celebrarán en la boda de Ascensión Fidalgo, y la pobre aldea, acosada por el calor de la llanura y arrojando con brazos femeninos los rudos trajines de la recolección, se aturde sorprendida por el sacudimiento del placer...

Las de Salvadores no esperan convidados ni preparan festines; callan y sufren, trabajando con furiosa actividad que arrebatara á *Maristor* y la empuja una tarde á la mies.

Ya Marinela se puede quedar sola: baja á la cocina, sale al corral y al huerto, cose y atiende un poco á los niños. El médico la supone curada: hace recomendaciones de higiene y alimentación, y al despedirse asegura que se debe á la enfermera aquel triunfo. Con la salud retornan los místicos anhelos de la niña, encaminados y crecientes hacia el convento de Santa Clara. Y la madre sigue encogiéndose de hombros: no fia

mucho en la robustez ni en la vocación de la mozuela.

De América no escriben; el párroco evita, compasivo, los interrogadores ojos de *Mariñor*, á los cuales no sabe qué decir, y ella apura silenciosa las crueles desesperanzas, dejándose caer en la mansedumbre secular de aquella vida que la va absorbiendo.

Cuando sube al grado máximo la fiebre labradora de las mujeres, ya en torno de las fiestas, hasta la tía Dolores hace gavillas, anda Pedro muy afanoso, de motil, y *Mariñor* dice resueltamente á Olalla:

—Esta tarde voy á la era contigo.

—¿A trabajar?

—¡Claro!

No pareció sorprenderse mucho la maragata rúbia.

—Bueno—responde saliendo del *estradín*, donde aguardan la hora del jornal.

—Esa tocha—indicó Marinela cuando vió salir á Olalla—no está en sus cinco desde el arribaje de Antonio.

La madre, que dormitaba en una silla, alzó el rostro para decir con acento desabrido:

—Y tú, ¿criarás verdete por non hablar?

—Es que *Mariñor* no debe ir á la trilla—responde la mozuela con pesadumbre.

—¡Ella lo quiso!—exclama Ramona de mal talante.

Y remanece Olalla, advirtiendo que ha pasado la tregua del medio día.

Camino de la mies se adelanta la madre con brusca precipitación. Olalla y su prima salen detrás cogidas del brazo.

—¿La abuela no viene?—pregunta *Mariñor* disimulando su angustia.

—No viene: acerbará en la troje.

—Y nosotras, ¿qué hacemos?

—Pues como ya todo está segado, juntaremos gavillas en manojos, ¿sabes?

—Nada sé; tú me enseñarás.

Se crece Olalla algo jactanciosa:

—Sí, mujer; aprendes en un volido. Mira: agora vamos á la arada del *Gatiñal*, donde ayer estuvimos engavillando madre y yo. Con las garañuelas, que son cañas de centeno remojadicas y amorosas, atamos las gavillas en manojos y las amorenamos en un montón.

—¿En una «morena»?

—¡Velaí! De allí se cogen para cargar los carros; y en la era se hacen con la mies pilas muy grandes, hasta que se trille: ¿nunca lo has visto?

—Nunca. Y aunque mi padre me lo explicaba, confundido las memorias.

Una nube de pena oscurece la frase, haciéndola temblar. Olalla se anima y prosigue:

—Es que las majas llevan muchas labores: luego de tender los manojos, desfacerlos y echar el trillo, se dan bien de vueltas hasta que se pone la corona á la trilla. Después hay que atroparla con el calomón, ponerla en parva, hacerle la limpia con los biellos y acerandarla con los cribos.

—¿Así se recoge?

—Sí; medímoslo en cuartales de seis heminas, bien limpio de granzas y de coscojo, y ya tenemos pan seguro. En l'intre van juntando otras obreras la paja que sirve para cuermo y la menuda que se llama bá-lago...

Recuerda *Mariñor* estas lecciones con profundo pesar: le sonaron un tiempo á dulcísima parábola llena de símbolos felices, y ahora le punzan la carne y el espíritu como anuncios de miseria y esclavitud.

En el campo anchuroso halla la moza borrados los

fugaces senderos de otros días. Las hoces, al segar la mies, tendieron por el llano una alfombra rubia y caliente que reverbera al sol.

Blando soplo de viento besa la cara de las labradoras. Olalla se recoge, oteando los confines del paisaje con inteligente curiosidad, y anuncia:

—Corre una bufina mansa que ayuda mucho á los bieldos en la era.

Luego sonríe y añade:

—Hoy no acongoja tanto la calor; tienes suerte, rapaza.

Viendo que Florinda no contesta aún, dice alentadora:

—Y quizá esta noche dormamos en la trilla toda la mocedad.

—¡Ah! ¿Sí?

—Es la costumbre.

—¿Pero no lo dejáis para la última jornada?

—Según: hay que hacerlo cuando están aquí los hombres, y en pasando el día de agosto, ya marchan. Estamos á 13 y mañana es la boda; conque tiene que permitirse bien aina.

Tocan la arada del *Gatiñal*, y trémula *Mariflor*, pregunta de repente:

—Dime, Olalla, dime; oye: ¿tú quieres á Antonio?

—¿El primo?

—Sí: ¿le quieres... con amor?

—¡Mujer!

—¡Contesta!

—No te entiendo.

—¿Te gustaría ser su esposa?

—Con mis padres no pactaron los suyos: ¡la elegida eres tú!

—Pero, ¿serías feliz si te eligiese?

Una súbita emoción encendió á Olalla el semblante: quizá en el reino milagroso del entusiasmo brillaron para ella los únicos resplandores de su vida.

Pasó como una ráfaga el dominio de aquella claridad, sobre la placidez oscura de la moza, que se detuvo, miró á Florinda con los ojos vacíos de ilusiones, y respondió solemne:

—Todos seríamos felices si tú le quisieras elegir.

Se deslizó clemente la tarde, según Olalla había previsto. La mansa «bufina» de los llanos de León pasó amable por las mieses y aligeró los bieldos en la era, con regocijo de las trilladoras.

Ligeras nubes tremolaron en el firmamento como nuncios de una pálida noche, y antes de sonar la hora del reposo ya se dió por seguro que la mocedad cenaría en el campo y dormiría «á la rasa», en cumplimiento de su fiesta bucólica, celebrada siempre con las solemnidades de un rito.

Fueron llegando algunos hombres solteros y casados que, muy benévols, ayudaron con galante solicitud á las últimas faenas de la tarde. Quién se entretuvo en rematar una parva, quién manejó las tornaderas ó las maromas del *calomón*, y hasta hubo arreados varones que se atrevieron á conducir desde la mies á la era descomunales carros de «seis en pico»: reinó allí la fraternidad más aplacible y acarició el ventalle de los bieldos muchas dulces sonrisas de mujer.

El descanso fué alegre: sobre el respeto y el rubor con que las maragatas trataban á los hombres, pusó la anchura de los campos un generoso perfume de libertad, que desentumeció un poco las almas femeninas.

La cena, copiosa y rociada con abundante vino,

acabó de infundir cordiales sentimientos entre el concurso, sin quebrantar el humilde *vos* con que las mujeres hablaban á sus esposos.

Pareció á los maragatos forastera la niña ciudadana de Salvadores: miráronla con escondida curiosidad, que fué creciendo al advertir el mutismo de la moza, triste y pasiva, precisamente cuando el raro placer de la confianza quería dar en Valdecruces su transitoria flor.

Murmuróse que la tristeza de Florinda había nacido con la ausencia de un señor «escribiente», prendado de la rapaza en extraño suelo. Se atribuyó también aquella visible pesadumbre á la situación económica de la familia, presa en apuros que nunca se pudieron suponer.

Enlazados con las de Salvadores por vínculos de sangre y lazos de antigua vecindad, todos en aquel día de expansión hubieran sentido impulsos compasivos hacia los arruinados parientes, cuyas adversidades tenían que ser más duras para la forastera, crecida en regalada juventud.

Pero mediaba Tirso Paz, asegurando que la tía Dolores levantaría su quebrantada hacienda cuando en el próximo diciembre se celebrase la boda de sus nietos Antonio y *Mari flor*, ya que el novio estaba conforme con servir de sostén al derrumbado hogar; su reciente viaje parecía confirmarlo así. Decíase que había pactado con el señor cura las bases de un arreglo definitivo en los asuntos de la abuela, y que Tirso entraba como acreedor en aquel previo ajuste, aplazado para realizarse á la par de la boda. Y estos rumores, tan propicios al bienestar de la niña, se estrellaban contra su actitud visionaria y doliente; no cabía en la espesura de aquellos espíritus la sutil posibilidad de que *Mari flor* rechazase un matrimonio que

tales beneficios reportaría á ella y á los suyos. —¿Estará picada de la bruja como la otra rapaza?— se había dicho en Valdecruces más de una vez.

Ahora, en la fiesta, los hombres miran con respeto aquel rostro mudo y ardiente, como ninguno esquivo; el soberano dolor que irradia, infunde admiración por su penetrante claridad, desconocida en este país de sombríos dolores.

Quando la flauta y el tamboril acuden á completar el holgorio, nadie insiste cerca de *Mari flor* para que baile, y á la orilla se queda sola y meditabunda, sin que la danza respete á ninguna otra mujer.

Allá van todas, lentas y obedientes, muchas sin ganas de bailar, destrozados los cuerpos en la brega del campo, escondidas las almas sabe Dios en qué recónditos pesares. Se han reunido en la era desde las mieses, y el tamborilero recluta á las más rezagadas, como atrajo á los hombres, mozos y viejos: danzan en caprichosos giros llenos de gravedad y de pudor, cada maragato con dos ó más mujeres, quizá porque la emigración y la ausencia han convertido en uso una necesidad.

Cae la noche: alta y cumplida la luna, cела entre nubes el disco rutilante y difunde su luz con recatados matices.

En una pausa del tamboril, rasga los aires el bárbaro cantar que un mozo entona, sin gracia ni malicia:

«Si quieres tener femias
en tus rebaños,
un marón sólo dejes
de pocos años...
Si quieres que la casa
non se te quemé,
limpia el sarro á la priula
todos los meses...»

Vibra alguna zapateta, acompañada del *ru-ju-ju* potente, el céltico grito, perpetuado al través de las generaciones españolas, y languidecen cada vez más las cadencias del «corro» y la «entradilla», hasta que el baile se extingue y la gente se dispone á dormir.

Pocos bailadores desfilan camino de sus casas, y la mayoría del concurso busca reposo en la era, ancha y mullida como enorme lecho nupcial.

Si en él duermen las hijas con las madres es porque la costumbre lo establece, no porque lo necesite el buen decoro de aquella casta juventud. A ningún marido se le ocurre vigilar á su mujer, y cada cual se tumba por su lado, con el más impasible humor.

Ramona, que bailó tiesa y huraña hasta el último instante, es de las primeras en hallar cómoda postura y permanecer inmóvil, quizá rendida al sueño. Ella y Olalla no temen á la noche libre, hoy que la tradición les mulle un dorado mantillo en el terruño.

Allí cerca reposa Florinda con los miembros lacerados y el alma zozobante: apenas consigue sonreír á *Rosicler*, que solícito la ofrece una almohada de oloroso bálago. Hizo esfuerzos heroicos para disimular su torpeza de labradora novicia, y la tortura de sus músculos rebeldes al sufrimiento. Y ahora se aturde bajo los golpes de su corazón, henchido de lágrimas, constreñido y apremiante, como si fuere á romperse.

No sabe cuánto tiempo trasueña, enervada por el cansancio. Oye cerca de sí un ronquido, y á poco dice tímida una mujer:

—¿Estades bien, señor?

Es la hija del tío Fabián que habla á su esposo, recién llegado de La Coruña. Él no responde, y Florinda vuelve á sumirse en su angustiada laxitud.

Despierta y delirante se figura reposar en el tren, enfrente de unos ojos profundos que la penetran y sacuden hasta las entrañas.

Es tan brusca la turbación con que la joven se estremece, que bajo su cabeza se desmorona el menudo acervo de la trilla. Perdido el blando apoyo, álzase lastimada, y sin moverse contempla el singular espectáculo de aquel pueblo fuerte y joven, áspero hasta en el sueño: duerme un hijo de Tirso Páz de espaldas á su novia Maricruz; la de Alonso, á los pies de su marido; lejos del suyo, la del tío Rosendín, y divorciadas de igual suerte todas las parejas unidas por compromisos y bendiciones.

No hay en el silencioso campamento, delante de Florinda, un corazón que sufra, un afán que despierte ni una esperanza que se agite.

Las parvas enhiestan en alto como hacia las nubes, entre cuyos jirones aparece la luna desconsolada; de lejano pesebre llega el mugido de una res en celo, y la desvelada moza bebe insaciable el dolor de la soledad, más triste que nunca entre el sordo latido de aquellas vidas y el aroma de aquellos frutos. Entonces siente crecer el peso de las trenzas en los hombros; en los párpados, la lumbrera de la pasión, y en las mejillas el carmín de la salud: una fragancia de besos le sube hasta los labios desde el corazón, ebrio de ternuras, y toda su mocedad, exaltada por el sentimiento, vibra y arde bajo la encubridora noche.